



“Preámbulo”

p. 109-112

Edmundo O'Gorman

*Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen
y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

[1-8] + 306 p.

(Serie Historia Novohispana 36)

ISBN 968-837-840-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 17 de junio de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/222c/destierro_sombras.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PARTE TERCERA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



PREÁMBULO

Al conocimiento que hasta aquí hemos alcanzado acerca del inicio del proceso histórico del guadalupanismo mexicano le falta, digámoslo así, su tercera dimensión, porque aún permanece oculta a nuestra mirada la razón de ser y el sentido de tan extraordinario suceso. Penetrar en la intimidad de un acontecimiento de tan enorme importancia en los anales de la vida espiritual de nuestra patria será, pues, la aventura a la que dedicaremos esta tercera y última parte de nuestras meditaciones. Sea, pues, nuestra inmediata preocupación descubrir la vía que deberá conducirnos a esa meta.

Para orientar esa pesquisa recordemos la diferencia esencial que desde el punto de vista historiográfico, separa con un abismo la tesis aparicionista tradicional de la idea que, en sustitución de esa tesis, nos hemos formado acerca de la protohistoria guadalupana. La versión tradicional tiene por premisa la realidad histórica del origen sobrenatural de la imagen de nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac; nuestra versión le niega la verdad a esa premisa. Ahora bien, para nuestro actual propósito lo decisivo es ver cómo se refleja tan radical discrepancia en la manera en que, respectivamente, entienden esas dos versiones la intervención del arzobispo Montúfar en el hecho guadalupano. Pues bien, para quienes real y verdaderamente creen en el origen celeste de la imagen, el precipitado y decidido apoyo que concedió el prelado a la devoción a esa efigie y a su culto nada tiene de extravagante por ser, dada esa creencia, un comportamiento de suyo perfectamente explicable; pero para quienes se trata de un simulacro de factura humana carente de antecedentes sacrales y de todo elemento sobrenatural, la actitud y conducta del señor Montúfar resultan enormemente sorprendentes y a primera vista incomprensibles por no decir escandalosas como, en efecto, les pareció al provincial fray Francisco de Bustamante y a sus hermanos de hábito.

De aquí se sigue (1) que el gran problema de la tesis aparicionista estriba en poder probar, a satisfacción de la crítica histórica, la verdad de su premisa, es decir, la del origen portentoso de la imagen guadalupana; pero (2) que la dificultad fundamental de nuestra te-

sis antiaparicionista no consiste, como suele suponerse, en poder probar que dicha imagen no tiene ese origen, por la sencilla razón de que no es lógicamente posible probar un hecho negativo. Dicho de otra manera, que el debate suscitado por el rechazo de la prueba aducida a favor de la sobrenaturalidad de aquella imagen es asunto propio de la tesis aparicionista. Ciertamente que del resultado de ese debate depende la posibilidad real de una tesis antiaparicionista, pero no por eso constituye su especial y peculiar problema una vez abierta esa posibilidad. ¿Cuál, entonces, el problema historiográfico fundamental de nuestra tesis? No, lo acabamos de aclarar, el relativo a la índole sobrenatural o natural de la imagen (puesto que consideramos decidido el debate en favor de la segunda alternativa) sino —y esto es lo novedoso— el problema de poder explicar por qué, careciendo la imagen del nimbo celeste que le atribuye la tradición, el arzobispo le concedió el formidable e insólito apoyo que, según ya sabemos, en efecto le concedió.

Tal, pues, la dificultad que debemos superar, pero no bien hemos alcanzado esa conclusión cuando advertimos que preguntar por lo que motivó la extraña intervención del arzobispo Montúfar en el hecho guadalupano es tanto como preguntar por nada menos que la razón de ser de ese hecho, que no otro es el asunto que nos hemos propuesto dilucidar en esta tercera parte de este libro.

Quede así indicado el camino que vamos a seguir, pero antes de emprender la marcha estará bien aclarar que hemos postulado una tarea de doble vertiente. Pide la primera una explicación de la actitud, en cuanto tal, asumida por el arzobispo, lo que nos remite al examen de sus antecedentes personales e indiosincrasia; consiste la segunda en explicar la conducta que, concretamente, observó, en el caso el prelado, lo que nos remite, a su vez, al examen de las circunstancias determinantes del objetivo que se propuso alcanzar.

Por último, suponemos que no habrá eludido la perspicacia del lector la necesidad en que nos hallamos de encarar el doble enigma que se nos ha venido quedando en el tintero, el de la misteriosa colocación de la imagen en la ermita, y el relativo a esa tan sospechosa oportuna curación de un ganadero que le fue atribuida como milagro a esa efigie. Al intento de despejar tan interesantes como no antes suscitadas incógnitas de la historia guadalupana, ofreceremos en un epílogo las respuestas conjeturales que nos parecen ser las más plausibles.